

## Cuenca, escenario ideal para recordar el misterio navideño

No sólo asemeja un belén natural montado sobre la roca, sino que tiene en Federico Muelas uno de sus ángeles anunciadores

Parece lógico que en un lugar como Cuenca, en el que la naturaleza ha levantado un belén natural en su expresión roquera, los poetas que en ella son legión se arranquen del pecho el gozo que les inunda y armen su arpa lírica. Tierra del gran villanciquero Federico Muelas —del que ofrecemos un 'facsimil' inédito de uno de sus villancicos— cada año la cosecha es ubérrima. Elevan su voz los poetas para hacer del corazón un verdadero portallco de Belén.

Toda poesía de Navidad —sea ya de gozo, ya de dolor— siempre nos conmueve. Pero, en ocasiones, unas cuantas veces, como dice Dámaso Alonso, en la literatura española, la voz humana, para cantar la ardiente escena de Belén, se adelgazó y aligeró prodigiosamente de materia y llegó a ser casi sólo roce de ala, viento de espíritu. De modo admirable es lo que le sucedía a Lope de Vega, que metía en ella su vitalidad irrefrenable, a nuestro fray Ambrosio de Montesino, al poeta intuitivo, al que se le corta el aliento en el trance mismo del nacimiento. Ambos, tan distintos y tan próximos en el amor de la Virgen María, embriagados de vida o ungidos de misticismo.

Después de muchos años, de varios siglos, el deslumbramiento se repite. Y si bien fueron los ángeles, según atestiguan los evangelistas San Mateo y San Lucas, quienes vinieron a cantar el primer villancico, un río de ternuras y bellezas sobre el maravilloso suceso todavía no se ha agotado. Hay que citar enseguida a Aurelio Prudencio o a los tropos lírico-litúrgicos, y rastrear tantas canciones alusivas a la Navidad en las doradas óperas medievales, renacentistas y barrocas. Mas aquí poco tienen que ver los Deyrmond o los Cullmann, pues no se trata de hacer historia literaria ni filología de alcance. De la canción que hablamos, de la poesía que nos concierne, no es tanto el villancico villanesco o amatorio, del mister de clerecía, como de esas coplillas al Nacimiento y por extensión del misterio de la Navidad, que son la expresión popular y acaso espontánea más puta de la poesía de todos los tiempos. Federico Muelas se adelanta como el ángel anunciador del misterio.

Tan convincente poeta navideño que nos hace cómplices de inmediato. Pues si el bien y la belleza son difusivos, sus poemas contagias su virtud estilística y su más que honda palpación estética. Pues el fervor aumento delante los paisajes de la niños, que no

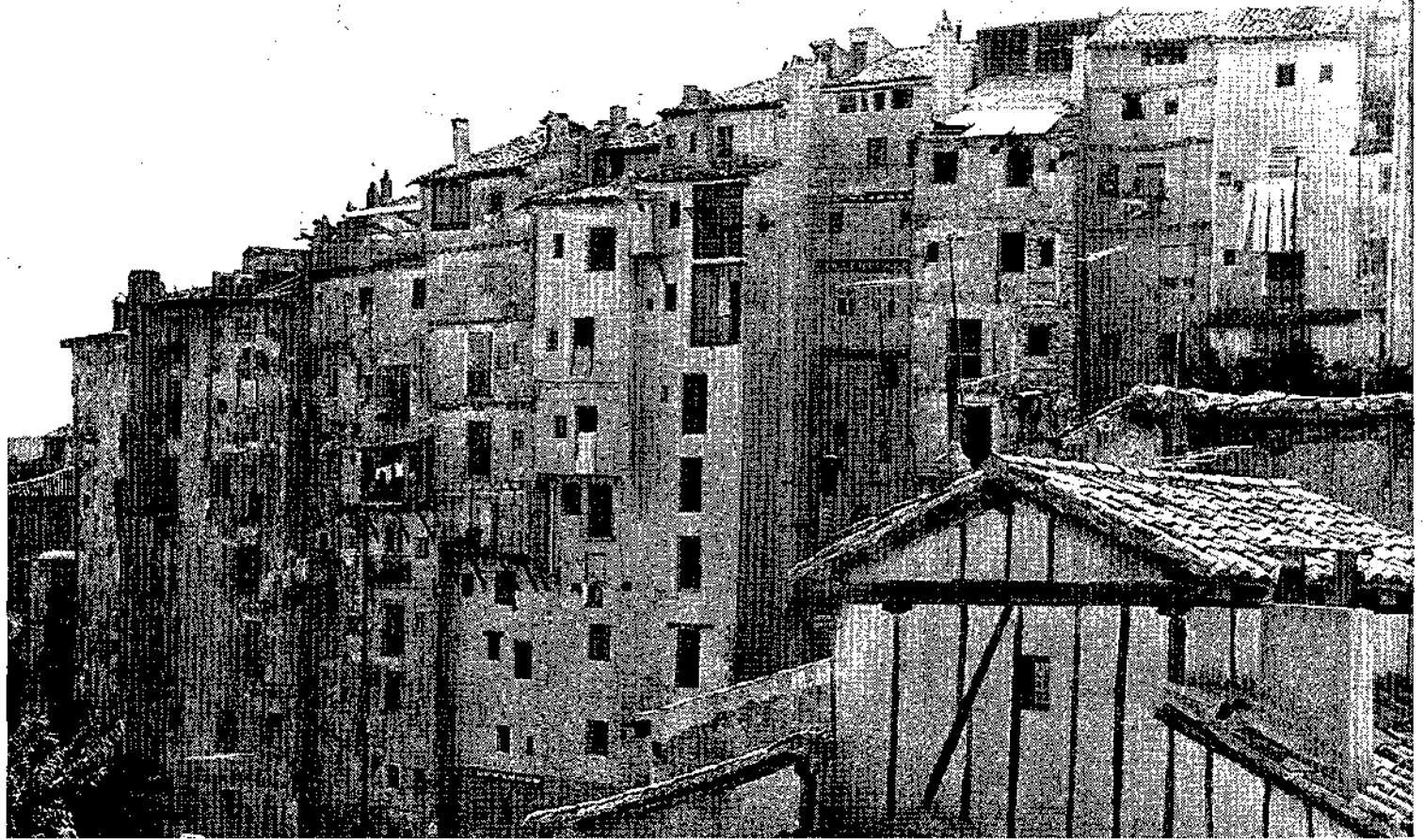


Imagen de los rascacielos de Cuenca, en el barrio de San Martín.

por nuestros dejan de representar un punto de referencia revelador. No deja de ser esta efusión la nota más clara de su genuinidad, de su autenticidad, de su inspiración, teniendo Cuenca por escenario y testigo.

Frente al misterio y la fe, cada uno de estos poetas ha constituido su espacio navideño, cerrado o al aire, en el que todos podemos entrar. Yo no puedo olvidar que,

en nuestra vieja ciudad, mis años juveniles, arrimaba musgo y paja al Nacimiento, y a mi llamada acudían —o al menos eso creía yo— ocas y lavanderas del Júcar y del Huécar y, pian pianito, llegaban la tosca mula o el buey lejano y hasta el rabadán de las Huesas del Vasallo. No estoy seguro de que con sus mantos azules y dorados llegaran los pastores. Pero nunca dejó de nacer, entre los frí-

os siberianos, el Niño Dios. Tampoco puedo olvidar a Federico Muelas, aquella especie de ángel anunciador —y albriciador— que con sus gafas de concha y sus barbas de astrólogo otorgaba, como un cuarto Rey Mago, toda su legitimidad al paisaje.

Para mí estaba claro —y jamás lo dudé— que cada año la estrella de la Navidad se colocaba en lo más alto del camino de Buena-

che, y el Niño Jesús nos punzaba en el corazón cada vez que tomábamos corcho al humo, poníamos ovejitas de pasta flora en el belén doméstico de la sala de profesores, y la ciudad se convertía en una espelunca apocalíptica para que la punta el Niño tuviera donde acogerse.

### Sonajero acuífero

El río Júcar corría y corría, y del profundo cauce extraíamos —o al menos eso era lo que cantaban nuestros poetas locales— los más bellos pañales. Por si el Niño pudiera llorar, ya se nos había advertido que agitáramos las aguas del parvo Huécar como un sonajero acuífero, y que si ni aun así callara, lo pertinente era hacer un columpio de hoz a hoz para que con su vaivén cósmico las galaxias se encargaran de dormirlo por turno.

Nuestros poetas, lejos de construir con recuerdos su Belén de papel, han hecho algo mejor: vivirlo. A buen seguro que ellos tienen delante un paisaje, una topografía, una referencia concreta. Y, sin embargo, han preferido volcar su gozo, derramar su alegría —sin que falten a veces ramalazos de tristeza y melancolía—, haciendo hablar al corazón tanto como a la boca.

Florencio MARTÍNEZ RUIZ

### Villancico para Fidel Cardete

La amabilidad de Fidel Cardete nos hace llegar este villancico de Federico Muelas, inédito hasta ahora y que nos complacemos en publicar como lo que es: una extraordinaria primicia. Fidel Cardete, que capitalizó las iniciativas más importantes de la Cuenca de los años cincuenta y sesenta, fue no sólo amigo "per la pelle" de Muelas, como fuera su hermano Román Cardete, sino que ha conservado una hermosa fidelidad al cronista de Cuenca y a su obra. Este "Villancico que llaman del tímido Fidel" orla estas páginas y es un magnífico aval para desear a nuestros lectores de una Navidad Feliz en Cuenca, rigurosa belén natural en el paisaje.

Villancico que llaman del tímido Fidel

—¡Pronto, coge tu rabel  
y ramos hacia el Portal!  
Dios mismo está en el umbral...  
¡Y tú te llamas Fidel!  
—Tocar no sé, canto mal...  
¡Disputaré al Redentor!  
—¡No temas! ¡Grita tu amor!  
¡Que tú te llamas Fidel!  
Federico MUELAS

